

¿QUÉ CLASE DE DEMOCRACIA EN LA IGLESIA?

En su tratado De Romano Pontifice (sobre el Romano Pontífice) afirmaba S. Roberto Belarmino que la Iglesia no podía ser una democracia, porque en una democracia los gobernantes son elegidos y/o revocados por el pueblo, lo cual en la Iglesia no sucede. Dado que la monarquía -añade- es la mejor forma de gobierno, Cristo no ha podido dejar de escoger esta forma para su Iglesia. Partiendo de esa argumentación, el autor del presente artículo muestra cómo, usando una argumentación paralela, habría que llegar a la conclusión opuesta a la de Belarmino. Y por esto se pregunta qué clase de democracia le conviene a la Iglesia.

Quelle démocratie dans l'Église?, Études 388 (1998) 219-229.

Desde nuestra perspectiva histórica, la premisa, según la cual la monarquía constituye la mejor forma de gobierno es, como mínimo, discutible. Muchos de nuestros contemporáneos cambiarían la premisa y le darían la vuelta a la argumentación. Después de todo, ¿no es la democracia el régimen menos malo, si no el mejor? Cristo tuvo, pues, que haberlo querido para su Iglesia.

Lo cierto es que la Iglesia, tanto en su sistema de gobierno como en su organización interna, ha adoptado prácticamente el sistema monárquico. Tan "natural" parecía la monarquía y tan apta para un buen gobierno, que no se veía razón para no ajustarse a un modelo político "mundano". Y es así como al Papa se le consideró como un monarca y a la Iglesia como una inmensa pirámide, en el vértice de la cual figuraba un soberano todopoderoso. Hoy vemos mejor hasta qué punto la sumisión a un modelo ajeno atenta contra una justa eclesiología.

Ésta es también la razón por la que se abre camino hoy en la Iglesia el deseo de una mayor democracia interna. Motivos no faltan. El modelo monárquico está condicionado a una época. Su estilo autoritario de gobierno induce una pasividad que hace que los fieles no asuman su propia responsabilidad y muchas personas se aparten de una institución que se ajusta a prácticas de otros tiempos y es infiel a las más claras exigencias evangélicas. Así, ese sistema contradice las palabras de Jesús sobre el sentido, del poder entre sus discípulos. Este ha de ser un servicio fraterno y no ha de adoptar la forma de la sumisión a una autoridad que hace sentir su peso (Mc 10, 42-45).

La demanda de democratización parece, pues, legítima. Pero esta demanda presupone que sabemos lo que el concepto de democracia incluye. En realidad, la filosofía política nos muestra que el término democracia no es unívoco y que el concepto tiene distintos niveles que importa distinguir. Si lo hacemos, aparecerá claramente que, en la democracia, existen algunos elementos incompatibles con la naturaleza de la Iglesia y otros que son perfectamente "integrables".

I. Complejidad del concepto de democracia

Hoy en día, el calificativo *democrático* se aplica tanto a una forma de sociedad y a un régimen institucional, como a una "cultura".

Una forma de sociedad

Esta acepción amplia del concepto de democracia se la debemos a Alexis de Tocqueville. En su libro *De la Démocratie en Amérique* (Sobre la democracia en América) se propone demostrar que "el hecho generador" de la democracia forja el conjunto de las relaciones sociales a largo plazo mediante un proceso de igualdad de condiciones. La base de todo esto es el individualismo que impulsa a cada uno a "considerar que su destino está -todo él- en sus propias manos". Esta "gran revolución", de la que él analiza las consecuencias en los Estados Unidos, debe ser asumida por todos aquéllos (especialmente por la Iglesia) que han contribuido a su desarrollo y que pueden evitar que degenere en despotismo. Aquí se trata, pues, de un sistema social, cuyo principio individualista se extiende progresivamente al conjunto de las relaciones humanas.

Un régimen político

Más corrientemente se entiende por democracia una forma institucional de gobierno. Pero también aquí esta referencia implica varios niveles que importa distinguir. Para poder clarificar la "demanda" de democracia que existe en la Iglesia, habrá que distinguir seis niveles distintos.

1. *Gobierno del pueblo*. Si por democracia se entiende "gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo" uno presiente que esto entraña una desconfianza hacia toda forma de autoritarismo o de arbitrariedad. Según esta fórmula ideal, sólo el pueblo está capacitado para gobernarse a sí mismo. De hecho, las democracias occidentales han encontrado su móvil fundamental en la crítica a las monarquías absolutas, que estaban expuestas a las decisiones arbitrarias de uno solo. No obstante, uno barrunta que un poder, incluso muy tradicional en su ejercicio, pueda ser controlado por grupos de gente sabia y prudente o por tradiciones, especialmente religiosas, sin conocer los complejos sistemas de nuestras sociedades. En todo caso, este primer elemento de la democracia se apoya en este *a priori* de vigilancia, o sea, de desconfianza, hacia todo poder.

2. *Control del poder*. Esta desconfianza implica una determinada concepción del poder. Sin suponer que todo poder sea malvado, la mentalidad democrática teme el ejercicio del poder. Y por esto lo controla, exige que dé cuenta de sus decisiones, que las justifique y que asuma la responsabilidad de las mismas ante la sociedad. Al aceptar esa exigencia, uno reconoce que no es todopoderoso. Según esto, hay que prever que el poder pueda ser juzgado y, eventualmente, sancionado. Este es el segundo elemento, que se desprende del primero, y que puede traducirse de las formas institucionales más diversas.

3. *Régimen representativo*. Una tal desconfianza hace que surjan instituciones que canalicen el poder -elecciones y división de poderes-, lo cual, según las distintas

tradiciones sociales y culturales, implica distintas modalidades (parlamento, senado, tribunales, etc.). Mediante esas instituciones, el "pueblo" transmite el control a sus representantes. ¿No implica esto el riesgo de que los representantes traicionen a los representados? ¿No constituirán ellos una categoría de profesionales que, poco a poco, se escabullirá del pueblo y se impondrá a él como una jerarquía inamovible? Es real el control? ¿Puede serlo?

Este tercer elemento es tan característico que algunos proponen hablar menos de democracia y más de régimen representativo. Pues el elemento de representación es esencial y constitutivo.

4. *Freno del poder por el poder.* Nunca se está seguro de que el poder no escape al control del pueblo. De ahí el cuarto elemento. Dada la tendencia de todo poder a acrecentarse más y más, importa -según la fórmula de Montesquieu- "frenar el poder con el poder". Esto significa separación de poderes. Para prevenir una acumulación incontrolada de poder, se le fragmenta en instancias que deben evitar las extralimitaciones, exigiendo que toda decisión esté bajo el derecho de examen del otro: el ejecutivo bajo el legislativo y los dos bajo la vigilancia del judicial. Con esto, la democracia intenta neutralizar el poder en sus eventuales extralimitaciones.

5. *El Estado de derecho.* Pero ese "freno" del poder por el poder sólo es posible, si la distribución de poderes se realiza bajo el régimen de la ley y el derecho. Todo poder ha de someterse a la ley y ha de dar cuenta de sus actos ante ella. También el pueblo ha de obedecer a la ley, a condición de que pueda reconocer libremente lo bien fundada que está. La democracia se remite, pues, al Estado de derecho, que constituye un conjunto de instituciones reguladas por el derecho.

Al obedecer a la ley, no se obedece a un individuo y así se evita el riesgo de arbitrariedad. En democracia, el poder promueve la obediencia, porque es anónimo, idéntico para todos en sus exigencias, y porque puede justificar sus actos ante los ciudadanos. Pero sólo puede haber obediencia, si el ciudadano sabe que es respetado en su dignidad y en sus derechos. De ahí el estrecho vínculo que existe entre democracia y sistema de justicia, que ha de descartar, al máximo, la arbitrariedad mediante procedimientos que garanticen, todo lo posible, juicios justos y recursos.

El poder, "lugar vacío"

La articulación de todos esos elementos daría el concepto completo de democracia. Nos hallaremos ante un régimen democrático cuando, mediante las distintas instituciones a las que nos hemos referido, se acepta que el poder no pertenece a nadie en un doble sentido: porque se distingue entre poder, derecho o ley y conocimiento, y porque se acepta que el poder constituye un "lugar vacío". Nadie ocupa naturalmente el lugar del poder, sino que lo ocupa por designación. De entrada, él no puede pretender saber más que cualquiera lo que ocurre con lo social o lo que constituye la verdad del hombre o el sentido de la historia.

La democracia rehúsa por principio basarse en una ideología, en una religión o en una verdad que sea punto obligado de referencia en la toma de decisiones. Admite el pluralismo de opiniones existentes en la sociedad y un relativismo respecto a los fines

últimos, sobre los que considera no deber pronunciarse, y que remite a la decisión personal de cada uno.

Dado que el poder no se apoya en el saber, se sigue que una democracia es un régimen de debate. Pues, al no saber qué es lo verdadero que sólo sea verdadero y el bien que sólo sea bien, debe buscar sin tregua una aproximación, en el debate, de todos y en la medida de lo posible, con todos. De ahí la libertad de expresión, la necesidad de una opinión pública, de un sistema pluralista de prensa, etc. En este sentido, cabe hablar de un régimen de indeterminación, abierto a lo que acontece y en permanente crítica de sí mismo. Pues nunca tal régimen puede pretender haber alcanzado la perfección de su forma institucional, por más que se esfuerce en aproximarse a ella.

Una "cultura"

Si no existe democracia sin un conjunto de reglas o procedimientos de control del poder, ¿cómo ignorar que el respeto a esas reglas presupone en el pueblo toda una cultura y que la democracia descansa sobre un conjunto de valores? No existe democracia sin demócratas, o sea, sin ciudadanos que hayan interiorizado la cultura democrática. Una trasposición de las reglas democráticas a pueblos que apenas si han interiorizado esos valores acaso daría a unas instituciones importadas la apariencia de un estilo democrático, pero esta apariencia ocultaría unos comportamientos prácticos muy poco democráticos.

De hecho, la democracia supone que se acepta la importancia del respeto a las reglas (sistema electoral, reconocimiento del derecho de las minorías, etc.). Y, en toda su amplitud, no encuentra su base sino en la aceptación de los Derechos humanos, los cuales a su vez entrañan una forma muy elaborada de relacionarse con los demás y con el Estado, del que se espera que, sin recaer en el Estado paternalista y déspota, garantice los derechos.

II. ¿Y en la iglesia?

Rasgos de una Iglesia "democrática"

1. *Las virtudes democráticas.* Esa serie de distinciones que acabamos de señalar nos ayudará a hacer un discernimiento por lo que se refiere a la Iglesia católica y a eludir la ley tiránica del todo o nada. Ante todo, hay que decir que, por medio del mensaje evangélico inculcado a todo bautizado, la Iglesia contribuye a interiorizar una cultura de respeto al otro, de la igualdad de todos y de la fraternidad. Ella hace ver en las palabras y en la actuación de Cristo un modo de ejercer la autoridad que pasa por el servicio y el don de sí mismo, no por el autoritarismo y la imposición.

A este nivel hay que reconocer una profunda afinidad entre virtudes evangélicas y virtudes democráticas. Y es ahí justamente donde surge la paradoja: por su mensaje desarrolla la Iglesia unas virtudes que tienen mucho que ver con las "virtudes" democráticas, pero sus estructuras, históricamente marcadas por una concepción monárquica de la jerarquía, están en falso respecto a las expectativas que los fieles podían concebir. Así resulta que la Iglesia contribuye a inculcar unos valores democráticos que ella no respeta en su vida interna. Ella introduce las condiciones

culturales de una democracia que ella misma rechaza en sus estructuras institucionales. ¿Cómo hacer frente a esa contradicción?

2. *Sociedad de iguales ante Dios.* Pero la Iglesia, no sólo contribuye a desarrollar una cultura democrática, sino que, como forma de sociedad, tiene más que ver de lo que se piensa con una democracia. Ya Tocqueville indicaba que la Iglesia había abierto el camino a la igualdad de condiciones. "Es por medio de la Iglesia -afirma- que la igualdad comienza a penetrar en el seno del gobierno: el que, como siervo que era, hubiese vegetado en una eterna esclavitud, como sacerdote se sitúa en medio de los nobles...". Después de todo, nadie en la Iglesia ocupa un puesto o disfruta de un estatuto especial por derecho de nacimiento o por privilegio, sino que todos y cada uno gozan, por el bautismo, de una igualdad radical. Que luego el acceso a determinadas funciones se haga a partir de cualidades o de títulos propios no oscurece la idea de igualdad de condiciones, de la misma manera como, en democracia, el acceso a cargos públicos requiere determinadas aptitudes sometidas a reconocimiento por parte de la sociedad.

Pero, aunque es necesario no descuidar las observaciones precedentes, la demanda de los fieles no va en este sentido, sino en el del "régimen" de poderes y de gobierno. Y aquí hay que recordar lo dicho anteriormente sobre el poder como "lugar vacío". Si la democracia es un régimen de indeterminación, abierto a lo que acontece y relativista por principio, parece imposible aplicar a la Iglesia esa categoría. Pues ella no se basa sobre la libre discusión de una sociedad indeterminada que busca, mediante el debate, abrirse a un futuro sensato, pero del todo relativo. La Iglesia se remite a una Palabra fundadora -la de Cristo- y está totalmente legitimada y estructurada en la medida en que difunde esa Palabra y es fiel a ella.

3. *Sociedad de gracia y poderes.* Sin embargo, ¿es que con esto queda zanjada la cuestión? En realidad, la objeción hace aparecer una idea-fuerza que no hay que olvidar jamás. La Iglesia no puede comprenderse a sí misma como una sociedad política, sino como una sociedad de salvación y de gracia. No existe ningún régimen político que, como tal, responda a la naturaleza de la Iglesia. Ni la monarquía ni la democracia pueden, como tales, constituir la referencia obligada de su propia vida. La Iglesia se comprende a partir de su vocación fundada sobre la misión que Cristo le ha confiado: difundir la Palabra de misericordia y amor a todo ser humano. Sus estructuras deben reflejar su mensaje y responder a su origen. Ahora bien, sus fuentes son apostólicas y, por consiguiente, colegiales. Y esto la distancia de todo tipo de imitación de una monarquía.

Los fundamentos de la Iglesia descansan sobre el grupo de los Apóstoles enviados por Cristo. Y, si Pedro es el principio de unidad de ese grupo y los preside en la caridad, ejerce su cargo en el seno del grupo, ni por encima ni al lado. La Iglesia debe dar testimonio de la comunión de sus miembros en las comunidades eclesiales de participación y de vida. De ahí la colegialidad y también la subsidiariedad. Pues el Espíritu se ha difundido sobre la comunidad de creyentes como tal y no sobre algunos privilegiados. La jerarquía tiene un poder de confirmación de la fe común, no de imposición de unas verdades que le son propias.

Pues bien, es justamente siendo auténticamente fiel a su naturaleza y respetando sus elementos constitutivos (colegialidad, subsidiariedad) como la Iglesia encontraría una organización y un funcionamiento de sus poderes internos que podría responder mejor a

las expectativas democráticas de los fieles. Entonces, en vez de importar un régimen en la totalidad de su concepto, podría sacar partido de los elementos fundamentales indispensables para su vitalidad y su credibilidad. Podríamos aquí reasumir uno a uno los elementos que hemos desarrollado. Pero, dado que la democracia se caracteriza por el

control del poder, ese será el hilo conductor de nuestras observaciones.

4. *La Iglesia, el derecho y los poderes.* Ante todo, la Iglesia es una sociedad de derecho. Esto a menudo se entiende mal, como si el derecho fuese contra un justo ejercicio de la libertad. Todo el mundo sabe hasta qué punto el Derecho canónico ha constituido un punto de referencia en el advenimiento de los Estados de derecho. Por esto interesaría que ese Derecho hiciese justicia a los derechos fundamentales de los fieles, que éstos puedan apelar a él en los abusos de poder, que los que son procesados, especialmente teólogos, puedan beneficiarse de todas las garantías elementales, tales como ser escuchados, poder defender su causa, conocer las razones de las críticas que se les dirigen, etc., todas ellas demandas legítimas que hoy por hoy están lejos de ser satisfechas. Esta referencia jurídica constituye un compás de espera para un control más efectivo de los abusos y para una protección más real de las libertades y de los derechos de los fieles.

Avanzando algo más, importaría que el pueblo de Dios fuese más consultado sobre la vida de la Iglesia y sobre el nombramiento de sus responsables. Aquí se impone de nuevo responder a las demandas democráticas. Y no por ideología, sino porque el nombramiento de obispos sin el aval de los fieles, incluso contra su voluntad expresa (¡actualmente no faltan ejemplos!), conduce a la parálisis de la autoridad. Aunque en materia religiosa es particularmente difícil tener que "dar cuenta", esto permitiría un control de los poderes. ¿Por qué en la Iglesia se les dispensaría a los responsables de justificar su pastoral o de estar abiertos a las propuestas constructivas de los fieles? Es el propio Derecho canónico el que, en su última redacción de 1983, a propósito de la designación de los obispos recuerda el antiguo aforismo *quod autem omnes uti singulos tangit, ab omnibus approbari debet* (lo que atañe a todos y cada uno debe ser aprobado por todos). Pero ¿quién se preocupa de urgir la aplicación de una regla como ésta? ¿Son fieles a su misión las autoridades cuando establecen una regla que ellas no aplican? Aquí la exigencia democrática coincide con una exigencia de fidelidad a la fe católica.

5. *Unos poderes equilibrados.* A la vista de la larga evolución histórica que ha desembocado en una centralización paralizante y nefasta y que ha sobrevalorado el papado a expensas de la colegialidad episcopal, resulta claro que un inmenso y difícil campo se le abre a la Iglesia católica. También aquí se aseguraría una mayor fidelidad a su misión asumiendo deliberadamente otros elementos democráticos. El principio de que "el poder debe frenar al poder" no es desconocido en la Iglesia. Prueba de ello son los sabios consejos de la Regla de San Benito, en los que se le dice al Abad que no deje de delegar y que no se ocupe de todo.

Pero hay que sustituir la monarquización excesiva del papado por una diversidad de poderes, la cual impida que, tanto en materia doctrinal como disciplinar, demasiadas cosas esenciales dependan de la voluntad de uno solo. En la Encíclica *Centesimus Annus*, afirma Juan Pablo II, siguiendo a León XIII, que "la organización de la sociedad en tres poderes -legislativo, ejecutivo y judicial- (...) refleja una concepción realista de

la naturaleza del hombre" y, por consiguiente, "que es preferible que todo (subrayado nuestro) poder quede equilibrado por otros poderes y por otras competencias que le mantienen dentro de sus justos límites" (§ 44). ¡Magnífico programa para la Iglesia! Pues, si no se le pone por obra, el poder exorbitante de uno solo no será frenado, a no ser por la capacidad de los fieles que se plieguen pacientemente bajo los toques de atención y los textos oficiales y prosigan -impertérritos-su propio camino. Ya se sabe: la monarquía vive a menudo en buena armonía con formas sutiles y abiertas de anarquía.

La libertad en el Espíritu

Ya hace mucho tiempo que unos Papas han deseado una opinión pública viva en la Iglesia. He aquí otro elemento de democracia que establece una especie de condición cultural y social a todo régimen democrático. Este elemento entraña un clima real de libertad, el reconocimiento de un sano pluralismo en el seno de la Iglesia, pluralismo que ya existe en la diversidad de vida de las distintas comunidades religiosas y en las escuelas teológicas legítimamente diversas. En lugar, pues, de negar ese pluralismo en nombre de una concepción parcial de la verdad, convendría aceptar sinceramente dicho pluralismo y no colocar a priori bajo sospecha todo lo que diverge o diverge sólo de una teología romana, también ella particular y a menudo unilateral. Semejante clima sólo puede existir si se establecen de nuevo y con firmeza unas reglas de derecho dirigidas contra los abusos de poder. A fin de cuentas, este elemento democrático resultaría una simple transposición de la concepción evangélica del poder, para la cual la autoridad es servicio a la comunidad y no estructura pagana o monárquica que subordina a sí misma la comunidad y desconfía de sus iniciativas.

En realidad, no existe incompatibilidad entre jerarquía y democracia, pues una democracia se ingenia también en establecer unas autoridades y la jerarquía halla su sentido en ayudar a la Iglesia a vivir de la libertad del Espíritu, por consiguiente, en permitir la libertad más amplia posible dentro del respeto a la unidad. Este difícil ejercicio requiere unos controles y unas condiciones jurídicas precisas, que el espíritu democrático puede ayudar a reconocer.

Conclusión

Huelga decir que no se trata de introducir la democracia en la Iglesia. Lo que realmente importa es que la Iglesia se consagre cada vez más a su misión fundamental y sea fiel a lo que la constituye esencialmente. Si ella pone realmente en juego la colegialidad y la sinodalidad, que le son esenciales, así como la subsidiariedad, quedará claro que podía honrar determinados elementos democráticos y dar así satisfacción a las legítimas expectativas de los fieles. Que esta perspectiva suscita fuertes resistencias, cae de su peso. En realidad, se trata a la vez de superar pasividades y de alterar hábitos seculares. Pero esas resistencias no lograrán que la cultura evangélica inculcada por la predicación y por la praxis sacramental deje de provocar, como mínimo, un movimiento ineluctable de democratización. Basta considerar el camino recorrido durante algunos años para apercibirse de que existe ahí un "hecho providencial". Y convendría que los responsables, a todos los niveles, de la vida de la Iglesia, más que ignorar ese hecho o intentar frenarlo, lo abonen y lo conduzcan a su verdad. Pues la democracia consiste también en que cada uno, esté donde esté, afirme sus derechos, cumpla sus obligaciones

y se mantenga vigilante a fin de que la libertad cristiana -la de los hijos, emancipados del miedo y de las falsas sumisiones-sea honrada (Ga 5, 1).

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA